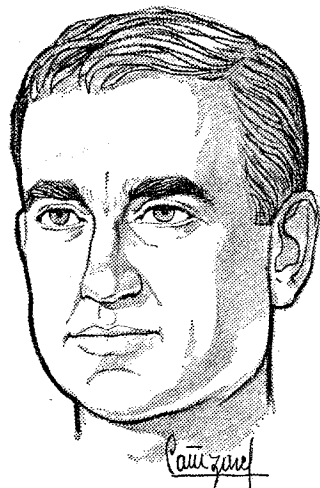


Interview to Spanish ufologist Mr. Ignacio Darnaude, made by the writer Mr. Carlos Murciano (Virgen de la Tonjía, 2. Madrid-17. Spain).



Ignacio Darnaude Rojas-Marcos



Ignacio Darnaude Rojas-Marcos, sevillano, de treinta y siete años, es un investigador riguroso y callado que, desde 1956, viene acumulando una información amplia y valiosa sobre el fenómeno «ovni» y los numerosos problemas que éste implica

y con los que, por múltiples razones, conecta. Fruto de su constante laborar es la exhaustiva bibliografía sobre el tema, a la que está dando fin, y sus profundos conocimientos del mismo, en especial de tres de sus aspectos: la supuesta agresividad de los «ovnis», los fenómenos insólitos divisados en la Luna y las apariciones marianas. Técnico superior de Empresas, graduado en Estadística y autor de un trabajo de investigación sobre un sector de la economía agraria andaluza, Ignacio Darnaude es, en el terreno ufológico, un hombre realista y frío, dotado de espíritu científico y no exento de una punta de humor, apegado a los hechos comprobados y capaz de huir de las ideas preconcebidas. Su biblioteca aparece abarrotada de tratados de Matemáticas, Física y Cosmología. Pertenece a la British Astronomical Association de Londres, y es miembro asociado de la N. I. C. A. P. de Washington y del A. P. R. O. de Tucson, habiendo sido nombrado el pasado año, por el Lunar and Planetary Laboratory, de la Universidad de Arizona, colaborador y observador en España para el proyecto «Lunar Transient Events».

Carlos Murciano: "ALGO FLOTA SOBRE EL MUNDO"
("Something flotes over the World"). Editorial
Prensa Española, Madrid, Spain, 1969,
pages 97-104.

ESOS INTERROGANTES

—Innumerables testimonios solventes —nos dice de entrada— confirman que desde hace siglos vienen penetrando en la atmósfera misteriosos objetos que desafían nuestra capacidad de indagación. Su comportamiento «controlado» indica que no se trata de fenómenos naturales, y su avanzada tecnología aeronáutica imposibilita que pertenezcan a ninguna colectividad conocida. Por otra parte, la exuberante variedad de sus aspectos, tamaños y formas sugiere una diversidad de orígenes. Ultimamente aparecen con frecuencia sobre colegios y universidades, líneas de alta tensión y embalses de agua potable. Teniendo en cuenta que sin agua no podría subsistir la vida en la Tierra, y que si nos privaran de energía eléctrica se derrumbaría la actividad económica, está justificada la creciente preocupación de los dirigentes políticos y mandos militares ante la presencia constante de los objetos no identificados. Cómo son estos objetos, quién los comanda, de dónde vienen, qué fin persiguen y por qué no se abren a un contacto normal, masivo y continuo, son interrogantes plenos de interés y lógica —que aún no han sido públicamente respondidos—, capaces de modificar la trayectoria histórica, y que están exigiendo un magno esfuerzo de investigación que esclarezca el que ha sido juiciosamente bautizado como problema número uno de la época actual.

—¿Se siente un poco desplazado por ocuparse de este tema?

—Cada vez menos. El sentido común triunfa siempre a la larga, y el tema empieza ahora a preocupar al hombre de la calle. Siempre se paga un precio social por proyectarse al futuro, pero hoy no podemos quejarnos: todo se reduce a incruentas bromas y sonrisas irónicas. En la tenebrosa época de Galileo y Giordano Bruno resultaba más incómodo: se levantaba uno con una idea original y se acostaba en la hoguera.

DE LA DUDOSA BONDAD DE LOS «OVNIS»

—Usted ha estudiado la supuesta relación entre los «ovnis» y los temblores de tierra. ¿Cree usted que en realidad tal relación existe?

—Al menos, en apariencia, sí, aunque todavía no hemos descubierto el mecanismo de conexión. Tengo sobre mi mesa un ejemplar de la revista japonesa «Brothers», que publicó en su edición de primavera de 1962 una enumeración de sesenta y ocho terremotos, du-

rante los cuales —o muy poco tiempo antes o después— se advirtieron en el firmamento objetos no identificados. Sobre Sevilla y Cartaya (Huelva) sobrevolaron, asimismo, raros objetos en la noche del pasado 28 de febrero. Parece que algo atrae a los «ovnis» cuando se desencadena un sismo, y nadie dudará de que es vital para nosotros averiguar si los «ovnis» participan en el drama en calidad de actores o como meros espectadores.

—Sin embargo, la opinión general coincide en atribuirles buenas intenciones.

—Sí, pero en esto no faltan voces disonantes. El diplomático italiano doctor Alberto Perego y el norteamericano Brad Steiger han dado a luz recopilaciones de atrocidades atribuidas a estos objetos y han llamado la atención sobre una notable serie de accidentes y catástrofes cuyas causas permanecen inexplicadas o sepultadas en el secreto oficial. Sus listas se nutren de apagones, tremendas deflagraciones aéreas sobre zonas urbanas, oscurecimientos en pleno día, personas raptadas, desaparición y caída de aviones, incendios y explosiones en instalaciones militares, sabotajes, «sustos» a altas personalidades políticas y cosas por el estilo. A primera vista se notan en tales siniestros coincidencias, repeticiones y circunstancias anómalas que hacen pensar que no se deben al azar o al juego imparcial de las probabilidades. Desde 1965 yo mismo vengo archivando una multitud de recortes de Prensa que se refieren a los aludidos «accidentes Perego», pero sin someter previamente estos datos a un riguroso tratamiento estadístico no me es posible por ahora conformar un juicio definitivo sobre los mismos.

LAS APARICIONES MARIANAS Y LOS «OVNIS»

—Tenemos entendido que usted ha estudiado a fondo la nutrida historia de las apariciones. ¿Podría resumirnos algunas de sus conclusiones?

—A partir del siglo XII incontables apariciones se han sucedido en Europa y en la América hispana —a pesar de que el gran público apenas si ha oído hablar de otras que las de Lourdes y Fátima—, que han dado lugar a numerosos templos conmemorativos. El padre Hernández Parrales, en la edición sevillana de «A B C» (19-10-67), nos ha informado de que, tan sólo en España, y entre los siglos XII y XV, se tienen noticias de más de quinientas apariciones a pastores u hombres del campo. Sus características son siempre muy similares; en una comarca apartada y pobre, un reducido grupo de niños semi-

analfabetos, entra súbitamente en contacto con una figura luminosa de aspecto humano —frecuentemente suspendida sobre un árbol—, que les ordena conminar a las gentes de la región a practicar la oración, reformar sus costumbres y edificar una ermita. Más tarde sobrevienen prodigios y curaciones que atraen a ingentes multitudes. Las apariciones no se deben con seguridad a alucinaciones ni a sugestión colectiva, sino que están motivadas por un agente real y objetivo exterior a los videntes. Analizando su distribución estadística, geográfica y cronológica, se extrae la sólida impresión de que las apariciones están programadas, obedecen a un plan consciente y persiguen una finalidad que podría ser tal vez la difusión de vastos movimientos de piedad popular, meta que, desde luego, han alcanzado plenamente. Pienso solicitar del Vaticano, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Fundación Ford ayuda para emprender un estudio profundo de estos acontecimientos, mantenidos hasta el presente, inexplicablemente, al margen de la investigación responsable.

—¿Cree usted que tales apariciones están conectadas con los objetos no identificados?

—Todavía no lo sé. Pero es cierto, como Paul Misraki le confesó a usted mismo, que en numerosas apariciones han intervenido unidades luminosas a las que hoy denominamos con ese nombre.

LA LUNA, ¿ASTRO MUERTO?

—Permítame saltar a otro tema que, según me consta, usted conoce bien. ¿Es la Luna, como suele afirmarse, un astro muerto?

—De ningún modo. He reunido y analizado pacientemente varios centenares de observaciones efectuadas en los últimos trescientos años por competentes astrónomos profesionales de todas las latitudes, que prueban la existencia de cierta actividad (volcánica o de otro tipo) en la superficie del vecino satélite. Los hombres de ciencia han registrado en múltiples ocasiones luces, fogonazos, líneas luminosas, manchas negras como la tinta, figuras geométricas, aparición y desaparición de estructuras en el suelo lunar, alteraciones en la morfología de ciertos cráteres, cuerpos en movimiento, nieblas o emisiones de gases, etc. Los mencionados cambios transitorios no están distribuidos al azar, sino que se concentran preferentemente en unas pocas regiones de la Luna, entre las que destacan los cráteres Platón, Aristarco y Gassendi. Por cierto, que jamás se han publicado las foto-

grafías de estas zonas críticas tomadas por los satélites «Ranger», «Surveyor» y «Lunar Orbiter», y la N. A. S. A. siempre se ha negado a suministrarlas, pese a que en repetidas ocasiones las he solicitado a Washington, Hampton (Virginia) y Pasadena.

—¿Puede darnos algún ejemplo concreto de modificaciones lunares?

—Hace noventa y dos años, en la noche del veintitrés de noviembre de mil ochocientos setenta y siete, el reputado selenógrafo británico doctor Klein y otros astrónomos de los Estados Unidos contemplaron, estupefactos, cómo misteriosas motas de luz surgían sobre la Luna, procedentes de diversos cráteres, convergían en el circo Platón, atravesaban su muralla externa y se reunían en el interior de dicho circo, formando un inmenso triángulo luminoso.

DOS INCOGNITAS: M. I. B. Y UMMO

—¿Qué hay de verdad en los llamados «men in black» u hombres de negro?

—En 1953, tres desconocidos enlutados se presentaron en el domicilio del investigador americano Albert K. Bender y le obligaron a guardar silencio sobre la observación de ciertos cuerpos inidentificados que, según Bender, aterrizaban y despegaben de un cráter de la Luna. Posteriormente, Gray Barker y James E. Moseley han recopilado más de 600 casos en los que han intervenido los citados «terroristas del espacio», haciendo callar a los testigos de apariciones de «ovnis». Recientemente, estos enigmáticos individuos han trocado sus macabros trajes negros por uniformes militares, y aparecen provistos de credenciales de agencias federales, siendo luego negada su existencia por el Gobierno de los Estados Unidos. El gran público nada sabe sobre la identidad de los impenetrables «gangsters» de negro, pero comprende que alguien les está pagando con el fin de evitar que se divulguen detalles comprometedores en relación con los «ovnis», y tiene derecho a preguntarse si la C. I. A. o el Pentágono están malgastando el dinero de los contribuyentes.

—Asunto casi obligado en toda conversación con los investigadores españoles: Ummo. ¿Cuál es su opinión?

—Pensar que hombres de otro planeta, cuyo medio ecológico ha de diferir en algo del terrestre, conviven entre nosotros sin dificultades de adaptación, dominando tan íntimamente nuestro idioma, costumbres y habilidades laborales como para pasar inadvertidos, lo en-

cuentro fantástico y altamente improbable. Nada impide que la única «prueba» del bulo Ummo, los famosos informes que se deslizan bajo cuerda de mano en mano, hayan sido redactados por un grupo de desaprensivos expertos a sueldo. El movimiento Ummo, por tanto, tiene trazas de ser una formidable y grosera superchería puramente humana—demasiado humana—, y lo sorprendente es comprobar que cuenta con personal y recursos financieros. Es evidente que el mito Ummo está siendo deliberadamente infiltrado en la conciencia pública por una poderosa y críptica organización, sobre cuya identidad y objetivos cabe elaborar diversas hipótesis. Estamos ante una nueva y sofisticada versión del opio del pueblo, y sólo queda por ver si es tan inofensiva como folklórica.

LOS «OVNIS» Y LA ECONOMÍA



«Las cosas claras, Dios, las cosas claras», escribió como arranque de un soneto, cierto poeta andaluz. Ignacio Darnaude parece haber hecho suyo el endecasílabo y no se muerde la lengua a la hora de responder.

—¿Cree usted que los «ovnis» pueden afectar a la economía de las naciones?

—Como reemplazantes de las guerras, y desde una perspectiva maquivélica, quizá sí. De todos es conocido —aunque no se suele confesar— que la irracional estructura de la economía occidental está impidiendo la coexistencia de la paz con el pleno empleo y una tasa aceptable de desarrollo económico. Inevitable y clínicamente se produce la saturación del mercado, el paro y la agitación social, y surge la imperiosa necesidad de crear un centro artificial de consumo de elasticidad ilimitada. Tal vórtice de extinción masiva de bienes y servicios es la guerra. Las dos últimas conflagraciones mundiales —generadoras de millones de muertos—, y los conflictos de Corea y Vietnam, han sido contiendas esencialmente económicas, respaldadas por motivaciones sociopolíticas secundarias. Pero en una era donde las armas nucleares se almacenan por millares, resulta cada vez más difícil mantener controladas las guerras (que, además, son fuertemente impopulares) sin que degeneren en una «débacle» total, lo que prácticamente las pone fuera de juego como activadores económicos. La carrera espacial es un brillante sustituto de las luchas fratricidas para absorber el exceso de la producción, pero su efecto es limitado.

sómico, se hace necesario un remedio más energético. Una alternativa eficiente, diabólica y perfecta consistiría en fabricar a la medida un enemigo perpetuo, difuso, invisible y omnipresente, y organizar la defensa librando pedidos por miles de millones con destino a las fábricas (armas de vanguardia, programas de investigación, sistemas de propulsión, asalto preventivo de otros astros, etc.), capaces de alimentar, regular e indefinidamente, la hoguera económica sin derramamiento de sangre. Ningún enemigo más indefinido y ambiguo, y, por tanto, más manejable ante la opinión, que «los extraterrestres», a los que pueden atribuirse impunemente todas las malignidades, inclusive la indemostrabilidad de que existen como tales enemigos. Siguiendo esta pauta, en el gran país norteamericano —imagen hacia la que avanza Europa— empezamos a advertir los primeros síntomas de lo que sería una nueva guerra fría de dimensión cósmica, precedida, como todas las batallas, por una necesaria guerra psicológica que lave los cerebros y allane la resistencia popular. La literatura infantil sobre malvados marcianos que nos fulminan con su rayo de la muerte, el estruendoso éxito mundial de la serie televisiva «Los Invasores» y la incomprensible farsa de Ummo, encajarían, plenas de sentido, en una escalada preparatoria de persuasión colectiva, cuyo objetivo final pudiera ser sembrar paulatina y controladamente el odio y la inquietud y un estado de tensión belicista contra «los destructores de la especie humana», que justifiquen subsiguientes inversiones en preparativos militares en gran escala. Hay que reconocer que si accediéramos al estado de cosas expuesto aquí, continuaríamos inmersos en una situación increíble y absurda, pero al menos podríamos felicitarnos de avanzar un paso adelante en el progreso moral al evitar el escandaloso sacrificio de vidas humanas, en aras del bienestar económico.

«I THINK WE ARE PROPERTY»

—¿Alguna visión personal?

—En esto, como en el juego, nunca he tenido suerte. Cuando he mirado al cielo, sólo he visto hermosas vulgaridades: los pájaros, las nubes y las estrellas.

—He aquí, señor Darnaude, nuestra última pregunta: ¿cómo resumiría el dilema de los «ovnis»?

—Cada día encuentro más inquietante y digna de atención la frase de Charles Fort: «Somos ganado para los extraterrestres.» Fort y Gurdieff han insinuado la posibilidad de que, sin saberlo, estemos

siendo fríamente explotados por «ellos» con un fin particular y egoísta, en el sentido de que, integrados en una escala o ciclo biológico universal de utilizar y ser utilizados, la naturaleza nos ha encargado la misión de suministrar algún bien o servicio de naturaleza por ahora desconocida, que nuestros superiores del cosmos necesitan ineludiblemente; en tal caso, pudieran mantenernos, sin que lo advertamos, en un benigno, rentable y paternalista «cultivo controlado», al igual que en la Tierra disponemos de granjas donde criamos seres inferiores en relación con nosotros, sin los cuales no estaríamos en condiciones de subsistir.

La frase exacta de Fort —«el extravagante sabio del Bronx», como alguien le ha llamado— a la que alude Ignacio Darnaude es ésta: «Creo que somos bienes inmuebles, accesorios, ganado. Pienso que pertenecemos a algo: «I think we are property.» Roger McGowan, por su parte, escribió hace algún tiempo: «Antes de veinte años la Humanidad se habrá puesto en contacto con poderosas inteligencias extraterrestres. Estas, sin duda, no serán seres orgánicos, sino máquinas que piensan. Todo nos inclina a creer que estas inteligencias ya nos observan. Todo nos invita a imaginar que nos gobiernan. Todo nos debería empujar a prepararnos para tal acontecimiento.» Palabras —las de Fort, como las de McGowan— dignas de meditación.

